Es una entrega que lleva a decir, «Señor, Dios mío: en tus manos abandono lo pasado y lo presente y lo futuro, lo pequeño y lo grande, lo poco y lo mucho, lo temporal y lo eterno»[12].

Nadie puede cambiar el pasado. Sin embargo, el Señor toma la historia de cada uno, perdona en el sacramento de la Reconciliación los pecados que puedan haber existido y reintegra armoniosamente esos sucesos en la vida de sus hijos. Todo es para bien (cfr. *Rm* 8, 28): incluso los errores que hemos cometido, si sabemos acudir a la misericordia divina y, con la gracia de Dios, procuramos vivir en el presente más pendientes de Él. Así se está también en condiciones de ver confiadamente el futuro, pues sabemos que está en manos de un Padre que nos quiere: ¡quien está en las manos de Dios, cae y se levanta siempre en las manos de Dios!

Decidirse por Dios es aceptar su invitación a escribir la historia de la propia vida con Él. Reconociendo humildemente la libertad como un don, el cristiano la emplea en realizar con amor, en compañía de tantas otras personas, la misión que el Señor le confía. Y experimenta con gozo que sus planes superan las propias previsiones, como decía san Josemaría a un chico joven: «¡Déjate llevar por la gracia! ¡Deja a tu corazón que vuele! (...). Hazte tu pequeña novela: una novela de sacrificios y de heroísmos. Con la gracia de Dios, te quedarás corto»[13].

[12] JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Vía Crucis*, Rialp, Madrid 2010 (35.ª), VII, n. 3.

[13] ID., *Notas de una reunión familiar*, 29-VI-1974 (AGP, biblioteca, P04, p. 45).

3.
EL AMOR A UNO MISMO

JAVIER CABANYES

La autoestima crece
al amparo de la humildad
con puntos de referencia altos.

«HABÉIS SIDO RESCATADOS (...) no con bienes corruptibles, plata u oro, sino con la sangre preciosa de Cristo» (*1 Pe* 1, 18-19). San Pedro recuerda a los primeros cristianos que su existencia tiene un valor inconmensurable, pues han sido objeto del abundante amor del Señor, que los ha redimido. Cristo, con el don de la filiación divina, llena de seguridad nuestros pasos por el mundo. Así lo manifestaba con espontaneidad a san Josemaría un chico: «"Padre –me decía aquel muchachote (¿qué habrá sido de él?), buen estudiante de la Central–, pensaba en lo que usted me dijo ¡que soy hijo de Dios!, y me sorprendí por la calle, "engallado" el cuerpo y soberbio por dentro ¡hijo de Dios!". Le aconsejé, con segura conciencia, fomentar la "soberbia"»[1].

Conocer la grandeza de nuestra condición

¿Cómo entender ese *fomentar la "soberbia"*? Ciertamente, no se trata de imaginar virtudes que uno no tiene, ni de vivir con

[1] *Camino*, n. 274.

un sentido de autosuficiencia que tarde o temprano traiciona. Consiste más bien en conocer la grandeza de nuestra condición: el ser humano es la «única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí mismo»[2]; creado a su imagen y semejanza, está llamado a llevar a plenitud esta imagen al identificarse cada vez más con Cristo por la acción de la gracia.

Esta vocación sublime funda el recto amor de sí mismo, que está presente en la fe cristiana. A la luz de esa fe, podemos juzgar nuestros logros y fracasos. La aceptación serena de la propia identidad condiciona nuestra forma de estar en el mundo y de actuar en él. Además, contribuye a la confianza personal que disminuye los miedos, precipitaciones y retraimientos, facilita la apertura a los demás y a las nuevas situaciones y fomenta el optimismo y la alegría.

La idea positiva o negativa que tenemos de nosotros depende del conocimiento propio y del cumplimiento de las metas que cada uno se propone. Estas parten, en buena medida, de los modelos de hombre o mujer que deseamos alcanzar y que se nos presentan de modos muy diversos, por ejemplo, a través de la educación recibida en el hogar, los comentarios de amigos o conocidos, las ideas predominantes en una determinada sociedad. Por eso, es importante definir cuáles son nuestros puntos de referencia, ya que si son altos y nobles, contribuirán a una adecuada autoestima. Y conviene identificar cuáles son los modelos que circulan en nuestra cultura porque, más o menos conscientemente, influyen en cómo nos valoramos.

Preguntarse por los modelos

Sucede, en ocasiones, que formulamos un juicio distorsionado sobre nosotros al haber admitido unos criterios de éxito que, de hecho, pueden ser poco realistas e incluso nocivos: la eficacia profesional a costa de cualquier precio, relaciones

[2] CONCILIO VATICANO II, Const. past. *Gaudium et spes*, n. 24.

afectivas egocéntricas, estilos de vida marcados por el hedonismo. Nos podemos sobrevalorar después de algunos logros, que nos parecen reconocidos por los demás; también nos puede suceder lo contrario: infravalorarnos, al no haber alcanzado determinados objetivos o no sentirnos considerados en ciertos ambientes. Estas valoraciones equivocadas son, en gran medida, la consecuencia de mirar demasiado a quienes califican la trayectoria personal exclusivamente en función de lo que se logra, tiene o posee.

Para evitar los riesgos anteriores, vale la pena preguntarse cuáles son nuestros puntos de referencia en la vida profesional, familiar, social y si estos son compatibles con una perspectiva cristiana de la existencia. Sabemos, además, que en último término el modelo más perfecto, completo y plenamente coherente es Jesucristo. Ver nuestra vida a la luz de la suya es el mejor modo de valorarnos, pues sabemos que Jesús es un ejemplo cercano, con el que tenemos una relación personal –de un yo con un Tú– a través del amor.

Autoconocimiento: con la luz de Dios

Para juzgarse con verdad, es imprescindible conocerse. Esta tarea es compleja y requiere un aprendizaje que, en cierto sentido, no termina nunca. Empieza por superar una perspectiva exclusivamente subjetiva –"según yo", "según mi opinión", "a mí me parece"...– para tener en consideración otros pareceres. Si ni siquiera sabemos con exactitud cómo es nuestra voz o apariencia física, y hemos de acudir a herramientas como una grabación o el espejo, ¡cuánto más será indispensable admitir que no somos los mejores jueces para valorar nuestra propia personalidad!

Además de la reflexión personal, conocerse a sí mismo es fruto de lo que nos enseñan los demás sobre nosotros. Esto se consigue cuando sabemos abrirnos a quienes nos pueden ayudar –¡qué gran recurso tenemos en la dirección espiritual

personal!–, admitiendo sus opiniones y considerándolas en relación a un buen ideal de vida. En este ámbito también influyen la interacción con quienes nos rodean, las modas y costumbres de la sociedad. Un entorno que promueve la reflexión favorece el desarrollo de los recursos de introspección; mientras que un ambiente con estilo de vida superficial limita ese desarrollo.

Conviene, por lo tanto, fomentar hábitos de reflexión y preguntarnos cómo nos ve Dios. Serán necesarios momentos de diálogo con Él, en los que, al mismo tiempo que conocemos al Señor, nos conocemos a nosotros mismos con su luz. Entre otras cosas, buscaremos comprender los comentarios y consejos que podemos recibir de los demás. En algún caso, nos sabremos distanciar de los juicios de otras personas cuando notamos que los realizan sobre fundamentos poco objetivos, o quizá de una manera poco reflexiva, y sobre todo si juzgan según unos criterios que no son compatibles con el querer de Dios. Hay que saber elegir a quién prestar más atención, pues como dice la Escritura: «Más vale oír reproche de sabio que escuchar alabanza de necio» (*Qo* 7, 5).

Por otro lado, como todos somos en parte responsable de la autoestima de quienes nos rodean, hemos de esmerarnos para que en nuestras palabras se refleje la consideración por cada uno, que es hijo de Dios. Especialmente si tenemos una posición de autoridad o de guía (en la relación padre-hijo, profesor-alumno, etc.) los consejos e indicaciones contribuirán a reafirmar en los demás la convicción del propio valer, incluso cuando es preciso corregir con claridad. Este es el punto de partida, el oxígeno para que la persona crezca respirando por sí misma, con esperanza.

Aceptación personal: así nos quiere el Señor

Al considerar el propio modo de ser a la luz de Dios, estamos en condiciones de aceptarnos como somos: con talentos y virtudes, pero también con defectos que admitimos humildemente.

La verdadera autoestima implica reconocer que no todos somos iguales y aceptar que otras personas pueden ser más inteligentes, tocar mejor un instrumento musical, ser más atléticos... Todos tenemos buenas cualidades que podemos desarrollar y, más importante aún, todos somos hijos de Dios. En esto consiste la genuina auto-aceptación, el sentido positivo del amor propio del cristiano que quiere servir a Dios y a los demás, desechando las comparaciones excesivas que podrían conducir a la tristeza.

En último término, nos aceptaremos como somos si no perdemos de vista que Dios nos ama con nuestros límites, que forman parte de nuestro camino de santificación y son la materia de nuestra lucha. El Señor nos elige, como a los primeros Doce: «Hombres corrientes, con defectos, con debilidades, con la palabra más larga que las obras. Y, sin embargo, Jesús los llama para hacer de ellos pescadores de hombres (cfr. *Mt* 4, 19), corredentores, administradores de la gracia de Dios»[3].

Ante el éxito y los fracasos

Desde este planteamiento sobrenatural, se contemplan con mayor profundidad nuestro modo de ser y trayectoria biográfica, entendiendo su pleno sentido. Se relativizan, con una visión de eternidad, los sucesos y logros temporales. Así, si nos alegramos con el éxito en nuestra actividad, sabemos también que lo más importante es que esta haya servido para crecer en santidad.

Es el realismo cristiano, madurez humana y sobrenatural, que del mismo modo que no se deja llevar por la exaltación que puede provocar el triunfo o la alabanza, tampoco se arrastra por el pesimismo ante la derrota. ¡Cuánto ayuda decir, con san Pedro, que lo bueno lo hemos hecho «en el nombre de Jesucristo Nazareno»! (*Hch* 3, 6).

---

[3] *Es Cristo que pasa*, n. 2.

Al mismo tiempo, admitir que las dificultades externas y las propias imperfecciones limitan nuestros logros es uno de los aspectos que da forma a la autoestima, fundamenta la madurez personal y abre las puertas del aprendizaje. Solo podemos aprender desde el reconocimiento de nuestras carencias y con la actitud de extraer experiencias positivas de lo sucedido: «¡Has fracasado! –Nosotros no fracasamos nunca. –Pusiste del todo tu confianza en Dios. –No perdonaste, luego, ningún medio humano. Convéncete de esta verdad: el éxito tuyo –ahora y en esto– era fracasar. –Da gracias al Señor y ¡a comenzar de nuevo!»[4]. Se está en condiciones de emprender el camino de la Cruz, que muestra las paradojas de la fortaleza de la debilidad, la grandeza de la miseria y el crecimiento en la humillación, y enseña su extraordinaria eficacia.

Obrar con seguridad y saber rectificar

La seguridad personal es más firme cuando se apoya en el saberse hijos amados de Dios, y no en la certeza de alcanzar el éxito, que tantas veces se nos escapa. Esta convicción permite tolerar el riesgo que acompaña cualquier decisión, superar la parálisis de la inseguridad y guardar una actitud de razonable apertura hacia lo nuevo. «No es prudente el que no se equivoca nunca, sino el que sabe rectificar sus errores. Es prudente porque prefiere no acertar veinte veces, antes que dejarse llevar de un cómodo abstencionismo. No obra con alocada precipitación o con absurda temeridad, pero asume el riesgo de sus decisiones, y no renuncia a conseguir el bien por miedo a no acertar»[5].

Partiendo de las limitaciones personales y de la capacidad de aprender del ser humano, rectificar supone una mejoría, un enriquecimiento personal que, a su vez, revierte en lo que

[4] *Camino*, n. 404.
[5] *Amigos de Dios*, n. 88.

rodea y en quienes rodean, contribuyendo simultáneamente a incrementar la confianza en uno mismo y en el entorno.

Quien se pone en las manos del Padre celestial está seguro, pues «todas las cosas cooperan para el bien de los que aman a Dios» (*Rm* 8, 28), incluso las caídas cuando pedimos perdón al Señor y, con su gracia, nos levantamos habiendo crecido en humildad. De este modo, saber rectificar forma parte del proceso de conversión: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, fiel y justo es Él para perdonarnos los pecados y purificarnos de toda iniquidad» (*1 Jn* 1, 8-9).

Una virtud indispensable

La autoestima crece, en definitiva, al amparo de la humildad, «porque esa es la virtud que nos ayuda a conocer, simultáneamente, nuestra miseria y nuestra grandeza»[6]. Si falta esta actitud del alma, no es raro que lleguen problemas de estima personal. Pero cuando se cultiva, la persona se llena de realismo, y se valora con acierto: ¡no somos hombres ni mujeres impecables, pero tampoco seres corrompidos! Somos hijos de Dios, y sobre nuestras limitaciones se asienta una dignidad insospechada.

La humildad genera el ambiente interior que permite conocernos como somos y nos impulsa a buscar sinceramente el apoyo de los demás, al mismo tiempo que les damos el nuestro. ¡Cuánta seguridad y confianza hubo en la vida de santa María! Si puede decir que «ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso, cuyo nombre es Santo» (*Lc* 1, 49) es porque vive muy consciente de «la humildad de su esclava» (*Lc* 1, 48). En ella, humildad y conciencia de la grandeza de la propia vocación se conjugan maravillosamente.

[6] Ibíd., n. 94.

Estas premisas permiten un clima sereno y cordial de amistad, ayuda mutua y progreso. Todos podemos aprender de todos, con una actitud abierta, positiva y enriquecedora. El punto de partida es descubrir que necesitamos de los demás y que ellos nos necesitan: «Si no admitimos la buena voluntad de los otros, porque nuestra mirada no puede penetrar en ellos, de tal modo se perturban las relaciones sociales entre los hombres, que se hace imposible la convivencia»[7].

En última instancia, todos y cada uno necesitamos de Dios, en quien «vivimos, nos movemos y existimos» (*Hch* 17, 28). Él es Padre misericordioso, vela de continuo por nosotros y es el origen y fin de nuestra felicidad, como tan bien comprendió santa Teresita: «En el atardecer de esta vida compareceré ante ti con las manos vacías, Señor, porque no te pido que cuentes mis obras. Todas nuestras justicias tienen manchas ante tus ojos. Por eso, quiero revestirme de tu propia *Justicia* y recibir de tu *Amor* la posesión eterna de *ti mismo*»[8].

[7] AGUSTÍN, *De fide rerum quae non videntur* II, 4.

[8] TERESA DE LISIEUX, *Acte d'offrande á l'Amour misericordieux: Récreations pieuses-Priéres* (Paris, 1992), pp. 514-515.

4.
FORMAR EL CARÁCTER EN LA VIRTUD

JOSÉ MARÍA BARRIO Y RODOLFO VALDÉS

De la bondad de Dios
vivimos sus hijos
y él nos llama a ser virtuosos.

«CUANDO SALÍA PARA PONERSE en camino, vino uno corriendo y, arrodillado ante él, le preguntó: Maestro bueno, ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna?» (*Mc* 10, 17). Nosotros, discípulos del Señor, presenciamos la escena con los Apóstoles, y quizá nos sorprendemos ante la contestación: «¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino uno solo: Dios» (*Mc* 10, 18). Jesús no da una respuesta directa. Con suave pedagogía divina, quiere conducir a aquel joven hacia el sentido último de sus aspiraciones: «Jesús muestra que la pregunta del joven es, en realidad, una *pregunta religiosa* y que la bondad, que atrae y al mismo tiempo vincula al hombre, tiene su fuente en Dios, más aún, es Dios mismo: el Único que es digno de ser amado "con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente"»[1].

Para entrar en la Vida

El Señor vuelve enseguida a los términos de aquella consulta audaz: ¿qué debo hacer? «Si quieres entrar en la Vida

[1] JUAN PABLO II, Enc. *Veritatis splendor*, 6-VIII-1993, n. 9; cfr. *Mt* 22, 37.

–responde– guarda los mandamientos» (*Mt* 19, 17). Tal como lo presentan los evangelios, el joven es un judío piadoso que podría haberse ido satisfecho con esta respuesta; el Maestro le ha confirmado en sus convicciones, porque le refiere a los mandamientos que ha guardado desde su adolescencia. Sin embargo, quiere oírlos de la boca de este nuevo rabbí que enseña con autoridad. Intuye, y no se equivoca, que puede abrirle horizontes insospechados. «¿Cuáles?», pregunta. Jesús le recuerda los deberes que tienen que ver con el prójimo: «No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no dirás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre, y amarás al prójimo como a ti mismo» (*Mt* 19, 18-19). Son los preceptos –la llamada segunda tabla– que protegen «*el bien* de la persona humana, imagen de Dios, a través de la tutela de sus *bienes particulares*»[2]. Constituyen la primera etapa, la vía hacia la libertad, no la libertad perfecta, como señala san Agustín[3]; dicho de otro modo, son una fase inicial en el camino del amor, pero todavía no el amor maduro, plenamente cumplido.

¿Qué me falta aún?

El joven conoce y vive estas prescripciones, pero algo en su interior le pide más; tiene que haber –piensa– algo más que pueda hacer. Jesús lee en su corazón: «Fijó en él su mirada y quedó prendado de él». Y le lanza el desafío de su vida: «Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo. Luego ven y sígueme» (*Mc* 10, 21). Jesucristo ha puesto a aquel hombre frente a su conciencia, frente a su libertad, frente a su deseo de ser mejor. No sabemos hasta qué punto ha entendido los requerimientos del Maestro, aunque por su misma pregunta –«¿qué me falta aún?»–, parece como si hubiera esperado otras "cosas para hacer". Sus disposiciones son buenas, aunque quizá aún no había entendido la necesidad de interiorizar el sentido de los mandamientos del Señor.

La vida a la que Dios llama no consiste únicamente en hacer cosas buenas, sino en «ser buenos», virtuosos[4].

La madurez cristiana implica tomar las riendas de nuestra vida, *preguntarnos de verdad*, ante Dios, qué nos falta aún. Nos impulsa a salir del cómodo refugio de quien es un *cumplidor* de la ley para descubrir que lo que cuenta es seguir a Jesús, a pesar de los propios errores. Dejamos entonces que sus enseñanzas transformen nuestro modo de pensar y de sentir. Experimentamos que nuestro corazón, antes pequeño y encogido, se dilata con la libertad que Dios ha puesto en él: «Corro por el camino de tus mandamientos porque has dilatado mi corazón» (*Sal* 118 (119), 32).

El reto de la formación moral

El joven no esperaba que "la cosa que faltaba" fuera precisamente poner su vida a los pies de Dios y de los demás, perdiendo su seguridad de *cumplidor*. Y se marchó triste, como sucede a todo aquel que prefiere seguir exclusivamente su propia hoja de ruta, en vez de dejar que Dios lo guíe y le sorprenda. Dios nos ha llamado a vivir con su libertad –«*hac libertate nos Christus liberavit*» (*Gal* 5, 1)– y, en el fondo, nuestro corazón no se conforma con menos.

Madurar es aprender a vivir de acuerdo a unos ideales altos. No se trata simplemente de conocer unos preceptos o de adquirir una visión cada vez más afinada de las repercusiones de nuestros actos. Decidirse a *ser buenos* –santos, en definitiva– supone identificarse con Cristo, sabiendo descubrir las razones del estilo de vida que Él nos propone. Implica, por

[2] Ibíd., n. 13.

[3] Cfr. AGUSTÍN, *In Ioannis Evangelium Tractatus*, 41, 9-10 (cit. en *Veritatis splendor*, n. 13).

[4] Cfr. *Camino*, n. 337.

tanto, conocer el sentido de las normas morales, que nos enseñan a qué bienes debemos aspirar, cómo debemos de vivir para alcanzar una existencia plena. Y esto se alcanza incorporando a nuestro modo de ser las virtudes cristianas.

Los pilares del carácter

El saber moral no es un discurso abstracto, ni una técnica. La formación de la conciencia requiere un fortalecimiento del carácter que se apoya sobre las virtudes como sus pilares. Estas asientan la personalidad, la estabilizan, le trasmiten equilibrio. Nos hacen capaces de salir de nosotros mismos, del egocentrismo, y dirigir el foco de nuestros intereses fuera de nosotros, hacia Dios y hacia los demás. La persona virtuosa está *centrada*, posee medida en todo, es recta, íntegra, enteriza. En cambio, quien carece de virtudes a duras penas será capaz de emprender proyectos de envergadura o de dar forma a los grandes ideales. Su vida estará hecha de improvisaciones y bandazos, de modo que no será fiable, ni siquiera para sí mismo.

Fomentar las virtudes expande nuestra libertad. Nada tiene que ver la virtud con el acostumbramiento o con la rutina. Desde luego, para que arraigue un hábito operativo bueno, para que cuaje en nuestro modo de ser y nos lleve a obrar el bien con más facilidad, no basta con una sola acción. La repetición sucesiva ayuda a que se estabilicen los hábitos: nos hacemos buenos *siendo* buenos. Repetir la resolución de ponerse a estudiar a la hora, por ejemplo, hace que la segunda vez nos cueste menos que la primera, y la tercera algo menos que la segunda..., pero hay que perseverar en la determinación de ponerse a estudiar para mantener el hábito de estudio, que de otro modo se pierde.

La renovación del espíritu

Las virtudes, humanas y sobrenaturales, nos orientan hacia el bien, hacia aquello que colma nuestras aspiraciones. Nos

ayudan a alcanzar la auténtica felicidad, que consiste en unirse a Dios: «Esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien Tú has enviado» (*Jn* 17, 3). Otorgan facilidad para actuar según los preceptos morales, que ya no se ven solo como normas a cumplir, sino como un camino que conduce a la perfección cristiana, a la identificación con Jesucristo según el estilo de vida de las bienaventuranzas, que son como el retrato de su rostro y «se refieren a actitudes y disposiciones básicas de la existencia»[5] que llevan a la vida eterna.

Se abre, entonces, un camino de crecimiento en la existencia cristiana, según las palabras de san Pablo: «Transformaos con una renovación de la mente, para que podáis discernir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, agradable y perfecto» (*Rm* 12, 2). La gracia cambia el modo en que juzgamos los distintos eventos, y nos da criterios nuevos para actuar. Progresivamente, aprendemos a ajustar nuestro modo de ver las cosas a la voluntad de Dios, que se expresa también en la ley moral, de modo que amamos el bien, la vida santa, y gustamos «qué es lo bueno, agradable y perfecto» (*ibíd.*). Se alcanza una madurez moral y afectiva en clave cristiana, que lleva a apreciar con facilidad qué es lo auténticamente noble, verdadero, justo y bello, y a rechazar el pecado, que ofende la dignidad de los hijos de Dios.

Este camino lleva a formar, como decía san Josemaría, un «alma de criterio»[6]. Pero, ¿cuáles son las características de este criterio? En otro momento, él mismo añadía: «El criterio supone madurez, firmeza de convicciones, conocimiento suficiente de la doctrina, delicadeza de espíritu, educación de la voluntad»[7]. ¡Qué gran retrato de la personalidad cristiana!: una *madurez* que nos ayuda a tomar decisiones con libertad interior y hacerlas propias, es decir, con la responsabilidad del que sabe dar cuenta de ellas; unas *convicciones* fuertes y seguras, basadas

[5] *Veritatis splendor*, n. 16.
[6] *Camino*, "Al lector".
[7] *Conversaciones*, n. 93.

en un conocimiento profundo de la doctrina cristiana que alcanzamos a través de clases o charlas de formación, las lecturas, la reflexión y, especialmente, del ejemplo de otros, pues las «verdaderas estrellas de nuestra vida son las personas que han sabido vivir rectamente»[8]. Esto se conjuga con la *delicadeza de espíritu*, que se traduce en afabilidad con los demás, y la *educación de la voluntad*, que se resuelve en llevar una vida virtuosa. Un «alma de criterio», por lo tanto, sabe preguntarse en las distintas circunstancias: ¿qué espera Dios de mí? Pide luces al Espíritu Santo, recurre a los principios que ha asimilado, se aconseja con quien puede ayudarle, y sabe actuar en consecuencia.

Fruto del amor

Así entendido, el comportamiento moral –que se concreta en vivir los mandamientos con la fuerza de la virtud– es fruto del amor, que nos compromete en la búsqueda y promoción del bien. Un amor así va más allá del sentimiento, que por su propia naturaleza es fluctuante y fugaz: no depende de los humores del momento, de lo que me apetece o de lo que me gustaría en una determinada circunstancia. Más bien, amar y ser amado supone un darse, que se funda en el atractivo que originan en el corazón el saberse querido por Dios y esos grandes ideales por los que vale la pena empeñar la libertad: «En la entrega voluntaria, en cada instante de esa dedicación, la libertad renueva el amor, y renovarse es ser continuamente joven, generoso, capaz de grandes ideales y de grandes sacrificios»[9].

La perfección cristiana no se limita al cumplimiento de unas normas, pero tampoco al desarrollo aislado de capacidades como el autocontrol o la eficiencia. Impulsa, más bien, a la entrega de la libertad al Señor, a responder a su invitación: «Ven y sígueme» (*Mc* 10, 21), con la ayuda de su gracia. Se trata

[8] *Spe salvi*, n. 49.
[9] *Amigos de Dios*, n. 31.

de vivir según el Espíritu (cfr. *Ga* 5, 16), movidos por la caridad, de modo que se desea servir a los demás, y se comprende que la ley de Dios es la vía privilegiada para practicar ese amor libremente elegido. No es cuestión de cumplir unas reglas, sino de adherirse a Jesús, de compartir su vida y su destino, obedeciendo amorosamente a la voluntad del Padre.

Sin ser perfeccionistas

Este empeño por madurar en virtudes es extraño a cualquier afán narcisista de perfección. Luchamos por amor a nuestro Padre Dios, es en Él en quien tenemos fija la mirada y no en nosotros mismos. Conviene, por tanto, desechar la tendencia al *perfeccionismo*, que quizá podría surgir si planteáramos erróneamente nuestra lucha interior según unos criterios de eficacia, la precisión, el rendimiento..., muy en boga en algunos contextos profesionales, pero que desdibujan la vida moral cristiana. La santidad consiste principalmente en amar a Dios.

De hecho, la madurez lleva a armonizar el deseo de actuar bien con las limitaciones reales que experimentamos en nosotros mismos y en los demás. En ocasiones pueden venir ganas de decir con san Pablo: «No logro entender lo que hago; pues lo que quiero no lo hago; y en cambio lo que detesto lo hago (...) ¡Infeliz de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte...?» (*Rm* 7, 15-24). Sin embargo, no perderemos la paz, pues Dios nos dice, lo mismo que al Apóstol: «Te basta mi gracia» (*2 Cor* 12, 9). Nos llenamos de agradecimiento y esperanza, pues el Señor cuenta con nuestras limitaciones, con tal de que nos impulsen a convertirnos, a acudir a su ayuda.

De nuevo aquí, el cristiano encuentra un asidero en la primera respuesta de Jesús al joven: «Uno solo es el bueno» (*Mt* 19, 17). De la bondad de Dios vivimos sus hijos. Él nos da la fuerza para orientar toda nuestra vida hacia lo que realmente es valioso, de comprender qué es lo bueno y amarlo, de disponer de nosotros mismos con vistas a la misión que Él nos ha encomendado.